

diente de morir con El por la salvación de esos hijos de quienes experimenta ya el ser madre (1).

¡Preciosa fecundidad de los misterios de la Cruz! Cuanto más se sondean con el pensamiento, tanto más se descubre en ellos un tesoro inagotable de santas reflexiones y de tiernos afectos.

No debemos, pues, maravillarnos de las expresiones pomposas que usan los Padres para pintarnos la ternura y los arrebatos del amor maternal de María respecto á nosotros, siendo así que este amor procede de una fuente tan noble y tan augusta, es decir, del amor mismo de Jesucristo para con nosotros, y esto en el momento misterioso é inefable en que el Hombre-Dios agoniza y muere por nosotros. Jamás las tiernas palabras por las que Jesucristo, desde la cruz, nos dió por hijos á María y nos confió á Ella, se borraron de su alma; pero jamás se debilitó tampoco aquel sentimiento enérgico y profundo de amor maternal que la palabra omnipotente del Hombre-Dios imprimió en aquel momento en su corazón; y lo que San Juan dice de sí mismo, que desde aquel momento consagró á María, como á su madre, todo cuanto poseía, puede entenderse con mucha más razón de María, que desde aquel momento nos admitió igualmente á participar, como hijos suyos, de todo cuanto Ella tiene de más precioso (2).

(1) *Flagrabat beata Virgo charitate, ut cum prole pro humani generis salute vitam profunderet.*

(2) *Et ex illa hora accepit in sua. (Joan., XIX, 27.)*

CAPITULO XIII

Cómo ejerció María en la tierra el ministerio de Madre respecto á la Iglesia, y cómo lo ejerce continuamente en el cielo. Cómo le conviene el título de Madre de Misericordia, y los sentimientos que experimenta cuando la invocamos bajo este título.

Acontece algunas veces entre los hombres que un hermano mayor encomienda al morir sus hermanos menores huérfanos á la viuda, su madre, y ésta á aquellos. Pues bien, si Jesucristo, nuestro hermano mayor, que tanto nos ama (1), no hubiera hecho con sus tiernas palabras más que encomendarnos así á María, esta recomendación, hecha por tal Hijo á tal Madre en unas circunstancias tales, hubiera sido sin duda más que suficiente para asegurarnos los cuidados y la ternura de María. Pero las palabras del Señor no fueron una recomendación pasajera, sino la expresión de su última voluntad, su testamento, su mandamiento supremo. Ellas fueron un acto solemne, una donación irrevocable, una disposición de su providencia, un nuevo misterio de su amor, una última precaución del Dios Salvador. Por esta causa fué por la que, como ya hemos dicho (cap. IV), Jesucristo llamó entonces á María *Mujer*, y no *Madre*, queriéndole manifestar que en

(1) *Primogenitus in multis fratribus. (Rom., VIII, 29.)*

aquel acto no hablaba como Hijo de María, sino como Redentor del mundo; no como Hombre, sino como Dios. Y ¿cómo podría olvidar María una elección, una dignidad, un ministerio que se le confería en términos tan enérgicos y tan llenos de autoridad por el Hijo de Dios, expirando en una cruz por la salvación del mundo? y no pudiéndola olvidar, ¿cómo podría dejar de ejercer sus funciones y cumplir sus deberes?

Así es que aún no había exhalado su Hijo santísimo el último suspiro en la cruz, cuando María se puso á ejercer el ministerio de una tierna madre para con la Iglesia, que con tanta solemnidad le había sido dada por hija. Ved aquí cómo describe un intérprete tan piadoso como sabio, Cornelio à Lapide, la solicitud, los cuidados y la ternura maternal de María para con la Iglesia. Esta ilustre Virgen, dice, fué destinada por Jesucristo en la cruz á ser la Madre especial de los Apóstoles y de los fieles, así como el mismo Jesucristo había sido su amoroso Padre, á fin de que su mano misericordiosa levantase á los que cayesen, consolase á los afligidos, afirmase á los que vacilaran, aconsejase á los que dudaran y fijase á los que titubearan; y, finalmente, para que los dirigiese á todos con prudencia, los instruyese con sus luces y los animase con su amor (1). Es indudable que María desempeñó todas es-

(1) *Virgo relicta fuit a Christo post se, ut illa Apostolorum et fidelium esset Mater, lapsos colligeret, afflictos solaretur, titubantes solidaret, dubiis et anxiiis consuleret, eosque per omnia dirigeret, instrueret, animaret. (Corn. à Lap.)*

tas funciones con respecto á sus nuevos hijos. Ella fué quien reunió los discípulos dispersos y fugitivos desde la prisión de Jesucristo. Ella fué quien animó el valor de San Pedro, abatido por el recuerdo de la culpa que había cometido negando á su Maestro, y le hizo concebir la esperanza y la seguridad del perdón. Ella fué, finalmente, quien infundió la calma, la seguridad y la confianza en el corazón de todos los fieles, á quienes la muerte de Jesucristo había turbado y consternado, y los confirmó en la fe de su próxima resurrección (1).

Mas no es esto todo. A medida que crecían los peligros y las necesidades de la Iglesia, se veía crecer el celo y la caridad de esta tierna Madre. El furor de los judíos se arma con todo el poder de los príncipes, y para destruir la Iglesia en su cuna, aprisionan á los Apóstoles y á los discípulos, los azotan cruelmente y los condenan á muerte. El amor maternal de María le hace experimentar, como si se ejecutasen en Ella, todos los tormentos de que es víctima su amada hija. Todo cuanto sufren los discípulos en su cuerpo, lo siente esta buena Madre en su corazón; el amor reúne todas las penas y los tormentos que cada uno sufre particularmente, para hacerlos sufrir á un mismo tiempo á María. Elevándose entonces sobre sí misma, y haciéndose más fuerte y más magnánima á medida que

(1) *Unde ipsa Apostolos a Christo capto diffugientes collegit; Patrum ob negationem Christi pusillanimum spe veniæ erexit; omnesque morte Christi turbatos fide resurrectionis Christi mox futuræ confirmavit. (Corn. à Lap.)*

más triunfa de sus penas, anima con sus discursos á los Apóstoles, los sostiene con su ejemplo, y los enseña á vencer sus propias aficciones (1).

Estos son los consuelos, prosigue el mismo autor, estos son los auxilios que Jesucristo quiere asegurar á la Iglesia cuando le da á María por Madre. El prevé estos resultados cuando llama á María *Mujer*, que es como si le dijera: ¡Oh Madre! Desde este momento sois la mujer verdadera, la mujer generosa y fuerte, la mujer perfecta; vos seréis en lugar mío la base visible, la piedra angular, la columna de mi Iglesia. Vos la sostendréis con la fuerza y el vigor de vuestro ánimo, y esto, no sólo en los primeros tiempos, sino que durante los siglos que se sucederán hasta el fin del mundo seréis la defensa y el amparo de esta Iglesia, que os doy por hija. Con vuestra constancia y vuestros consejos, vuestra intercesión y vuestras preces reprimiréis sus enemigos, disiparéis las tempestades que puedan asaltarla, y alejaréis de ella los peligros y las tentaciones (2).

María, conformándose con las intenciones de Jesu-

(1) Cum autem principes Judæorum Apostolos incarcerarent, flagellarent, occiderent, ipsa omnes has persecutiones, quasi sibi illatas vive sentiebat; sed excelso animo superabat, et Apostolos superare verbo et exemplo docebat. (*Corn. à Lap.*)

(2) Hæc omnia prævidens Christus dixit: Mulier! O Mater! esto deinceps Mulier fortis et generosa, quæ mei loco sis basis, petra et columna Ecclesiæ, ut eam robore tuo fulcias, omnes tentationum procellas tua constantia, consilio, oratione, elidas et disipes, non tantum nunc, sed et omnibus deinceps sæculis usque ad finem mundi. (*Ibid.*)

cristo, no olvida en el cielo á los fieles que componen la Iglesia, por la que estuvo en la tierra tan llena de solicitud, de ternura y de amor; porque Jesucristo no la constituyó Madre de la Iglesia tan sólo para aquellos primeros tiempos en que nació y se propagó, sino para siempre y hasta la consumación de los siglos (1). Y así como es cierto, dice San Bernardo, que María estuvo animada en la tierra de la más tierna solicitud por la salvación del mundo (2), también lo es, dice San Germán, que nadie en el cielo, excepto Jesucristo, tiene tanto cuidado ni tanta solicitud respecto á nosotros como María (3).

Pero ¿qué hace en el cielo esta tierna Madre? ¡Ay! Ella hace por nosotros ante Jesucristo lo que el mismo Jesucristo hace ante su Padre. Ella presenta continuamente nuestras oraciones en el trono de la Majestad divina, dice el beato Raimundo; Ella expone nuestras necesidades, porque en cualidad de Madre es nuestra medianera y nuestra abogada para con su Hijo, así como este Hijo es nuestro medianero y nuestro abogado para con el Padre; por mejor decir, Ella defiende igualmente ante el Padre y ante el Hijo, con un cuidado maternal, el gran negocio de nuestra salva-

(1) Omnibus deinceps sæculis usque ad finem mundi. (*Corn. à Lap.*)

(2) Constat pro universo genere humano fuisse sollicitam. (*Hom. 2, super Miss.*)

(3) Quis, post filium tuum, curam gerit humani generis sicut et tu?

ción (1). Y así como Jesucristo muestra continuamente sus llagas á su Padre, así también María, para mover á su Hijo á compasión, le recuerda sin cesar el seno que le alimentó.

Y ¿qué extraño es esto? Ella es Madre; esta tierna palabra lo dice todo, lo explica todo y da derecho á creer que María lo hace todo y lo es todo para nosotros ante su hijo Jesucristo. ¿Será posible, dice Isaías, que una madre olvide á su hijo y que no sienta el mayor interés, la compasión más viva y el amor más tierno por el fruto de sus entrañas (2)? Mas, aun cuando esto pudiera suceder en el corazón de una madre terrena, podemos añadir, con el mismo Profeta, que María no podrá jamás olvidarnos (3). Y la razón de esto es, dice el devoto Gilberto, que María no es una madre como las demás, sino que es la Madre por excelencia, la Madre perfecta, la Madre modelo, la *Madre de las madres*, así como se la llama la Virgen de las vírgenes, la Estrella de las estrellas (4). Es una Madre que Jesucristo nos la dió expresamente para que nos amase, nos consolase y nos defendiese; una Madre que se da á sí misma el título tan dulce de Madre del

(1) Ipsa preces servorum representat in conspectu divinæ Majestatis; quia ea ipsa est advocata nostra apud Filium, sicut Filius apud Patrem: imo apud Patrem et Filium procurat negotia nostra. (*In Præfat. in Cant.*)

(2) Numquid oblivisci poterit Mater infantem suum, non misereatur filio uteris sui? (*Is.*, XLIX, 15.)

(3) Et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui. (*Ibid.*)

(4) Mater matrum, Stella stellarum, Virgo virginum.

bello amor (1) y de la santa esperanza; una Madre que se da á sí misma este título, y forma de él, como dice un Padre, un motivo de gloria, para mostrarnos que Ella no es otra cosa que amor y ternura para con nosotros; á quienes recibió y aceptó por hijos al pie de la cruz (2). Ved aquí por qué, sea cualquiera la condición de nuestra vida y el estado de nuestro corazón, desde el momento en que pertenecemos á la Iglesia somos sus hijos, y estamos ciertos de que el seno de su misericordia está abierto para nosotros, y su mano dispuesta para socorrernos (3).

Para darnos á conocer la Escritura que Ella es siempre amorosa y tierna para con nosotros, sea cualquiera el estado en que nos encontremos, le da tan diversos nombres. Ella la llama la aurora naciente, la luna creciente, el sol que ilumina y fecundiza (4). En efecto, como dice Inocencio III, María es luna para los que caminan en las tinieblas del pecado, es aurora para los que principian á nacer á luz de la gracia, y es el sol para los que caminan en el mediodía de la santidad y de la virtud (5). Por esta razón llama la Iglesia la clemente, la piadosa, la dulce Virgen Ma-

(1) Ego Mater pulchræ dilectionis... et sanctæ spei.

(2) Se dilectionis esse Matrem gloriatur, quia tota est amor erga nos, quos in filios recepit.

(3) Omnibus aperit misericordiæ suæ sinum.

(4) Quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol. (*Cant.*, VI, 9.)

(5) Luna in nocte, aurora in diluculo, sol in meridie.

ria (1); pues, como dice San Bernardo, Ella es clemente para con los hijos que están necesitados, buena para los que le piden, y dulce para los que la aman (2); clemente para los que entran en los caminos de la penitencia, buena para los que se dirigen por los caminos de la perfección, y dulce para las almas elevadas y perfectas (3); clemente para venir á nuestro socorro, buena para enriquecernos con sus gracias, y dulce para darse toda á nosotros (4). Si Ella prefiere alguno de sus hijos, es á los más miserables y á los más infortunados, es decir, á los pecadores, que son los que más atraen sobre sí sus miradas misericordiosas y excitan su ternura. Ella fué constituida nuestra Madre en el momento en que el mismo Dios daba la prueba más grande de su misericordia para con los pecadores, en el momento en que moría por ellos. Ella fué nombrada nuestra Madre, por decirlo así, en la época de la misericordia, en el templo mismo de la misericordia y del Dios que era entonces con especialidad el Dios de la misericordia y del perdón; por esta razón la Iglesia la saluda y la invoca especialmente como Madre de misericordia y de bondad (5). Pero ¿qué significa la palabra *misericordia*? Me parece que es un

(1) O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria!

(2) Clemens in degentibus, pia exorantibus, dulcis diligentibus.

(3) Clemens pœnitentibus, pia proficientibus, dulcis contemplantibus.

(4) Clemens liberando, pia largiendo, dulcis se donando.

(5) Salve, Regina, Mater misericordiæ.

bello compuesto de tres palabras latinas (1), cuya significación es *corazón entregado á la miseria*, así como la palabra *cadáver* está compuesta de tres palabras latinas (2), cuyo sentido es *carne entregada á los gusanos*. El título, pues, de *Madre de misericordia*, bajo el que la Iglesia ha invocado siempre á María, significa una madre cuyo corazón está ocupado, dedicado y consagrado á aliviar las miserias de sus hijos; una madre que, por mucha que sea su ternura y su amor para con todos sus hijos, siente una compasión más viva respecto á aquellos cuyas miserias son mayores, forma una de sus ocupaciones, un título de su gloria y un deber de su grandeza en consolarlas y en aliviarlas. Y, en efecto, como dice muy bien Ricardo de San Lorenzo, si María no consagrara todos sus cuidados y toda su solicitud al alivio de los más miserables de sus hijos, es decir, los pecadores, ¿cómo le había de convenir el título de *Madre de la misericordia*, supuesto que ni sería misericordiosa ni sería madre? No sería madre, porque una madre no se reduce por las miserias ni las enfermedades de sus hijos, ni aparta de ellos sus miradas, sino que se enternece tanto más sobre su suerte, cuanto más infortunados son y cuanto mayores son sus necesidades. Tampoco sería misericordiosa, supuesto que la miseria, como lo indica su nombre, es el campo donde la misericordia se ejercita, se manifiesta y triunfa, y que donde no hay miseria no

(1) Miseriæ cor datum.

(2) Caro data vermibus.

puede ejercerse la misericordia, así como donde no hay ofensa tampoco puede ejercerse la clemencia ni el perdón.

Y bien, ¿qué miseria podrá compararse á la del pecador á quien la Escritura Sagrada llama ser pobre y miserable por excelencia (1)? María, por consiguiente, no puede desechar al pecador sin renunciar sus títulos, sin faltar á su carácter y á su dignidad (2).

Nosotros no podemos, según el pensamiento del mismo Doctor, presentarnos siquiera á María é invocarla bajo el dulce título de Madre, sin que se acuerde al momento del tiempo, del lugar, del fin y de la persona de quien lo recibió por primera vez (3). El título de madre, este nombre tan lleno de dulzura, halaga siempre los oídos y triunfa siempre del tierno corazón de la mujer á quien se dirige. Y ¿cuál es la mujer que al oírse llamar *madre* por su hijo no siente conmoverse su corazón y sus entrañas por un afecto delicioso y tierno? Para María tiene este nombre un atractivo y una fuerza especial. Este nombre le recuerda el Calvario; le recuerda el exceso de caridad para con los pecadores, de que Jesucristo le dió allí el espectáculo y el ejemplo; le recuerda que su Hijo moribundo reunió en sus labios, próximos á exhalar el úl-

(1) Nescis quia tu es miser et miserabilis et pauper? (*Apoc.*, III, 17.)

(2) Non dedignatur peccatorem; propter hoc enim factam se recolit misericordiae genitricem; ubi enim non es miseria, misericordia non habet locum. (*Richard. à S. Laurent.*)

(3) Recolit se factam misericordiae genitricem. (*Ibid.*)

timo suspiro, todas las fuerzas que le quedaban, y con una voz salida del fondo de su corazón le dejó á todos los fieles por hijos. Estos tiernos recuerdos conmueven y agitan su corazón y le hacen experimentar ese sentimiento de deliciosa ternura y de amor generoso, que Ella experimentó entonces. Ella siente conmoverse sus entrañas sobre nosotros, como sobre los hijos que adquirió en el momento misterioso de su dolor. Y cuando nos ve reunidos en torno suyo, invocándola con este nombre lleno de dulzura, ¡Ay!, se dice á sí misma en los transportes de su emoción y de su misericordia, estos son mis hijos, estos son los hijos que mi Hijo y mi Señor me dió y me confió antes de morir en la cruz; yo los reconozco en el carácter de cristianos, en el sello del bautismo y en las huellas de la sangre divina que los ha lavado. Sí, estos son mis hijos, y yo no puedo rehusarles ese amor y esa ternura que Jesús, al dármelos, me impuso, y de que yo, al aceptarlos, me formé un título de gloria (1).

No podemos, pues, dudar que María está siempre pronta para acoger nuestras súplicas con bondad, para escucharlas con paciencia, para hacerlas eficaces y secundarlas con amor, y que está siempre dispuesta á mostrarse con nosotros la más tierna de las madres, con tal que recurramos á Ella con la confianza propia de unos hijos afectuosos.

(1) Parvuli sunt, quos donavit mihi Deus. (*Genes.*, xxxiii, 5.)